

AAC 8890

Armando Cassígoli

Hacia 1954, cuando subían bulliciosamente a la palestra los narradores del 50, capitaneados por Lafourcade, Armando Cassígoli publicó su primer libro: "Confidencias y otros cuentos", con el apoyo de Armando Menedín, un editor, titiritero y cuentista argentino que se había afincado en Santiago. Muy pronto se incorporó a los trabajos gremiales centralizados en la Sociedad de Escritores de Chile y desde allí, como secretario de redacción de la revista SECH, se mostró siempre generoso con los más jóvenes y ayudó a publicar sus cuentos y poesías a muchos aprendices que andaban más o menos ansiosos buscando tribuna. En 1959, con auspicio de la Facultad de Filosofía y Educación, cuyo decano era entonces el escritor y filósofo Eugenio González, editó la antología "Cuentistas de la Universidad", que dio a conocer una buena parte de la generación de los 60, que más tarde José Donoso bautizó como "novísima". Ahí hicieron su debut Cristián Huneeus, Antonio Skármeta, Grinor Rojo -que tomó el camino de la crítica-, Patricio Guzmán -derivó al cine-, Carlos Morand, Jorge Teillier (primera vez en narrativa),

Ernesto Malbrán y también el autor de esta nota. El libro fue un lanzamiento, una presentación en sociedad, como para la generación de Cassígoli lo había sido la antología "El nuevo cuento chileno", de Enrique Lafourcade.

En 1960, Cassígoli publicó su primera novela, "Ángeles bajo la lluvia", que por su ambiente y tratamiento recordaba a Erskine Caldwell, el autor de "El camino del tabaco" y de memorables cuentos que se leían mucho en esos días. Con ella obtuvo el Premio Municipal al año siguiente. Poco después viajó a Italia becado y a su regreso la Editorial Universitaria publicó "Cuaderno de un hombre asustado", breve novela de corte existencialista. Luego vino otro volumen de cuentos, "Pequeña historia de una pequeña dama" y un nuevo conjunto editado en Bolivia, cuyo título se me escapa.

En 1973, al ser exonerado de su cargo como decano de la Facultad de Filosofía y Letras tras el golpe militar, debió exiliarse y su destino fue México. En la Universidad Nacional Autónoma de México pudo reanudar su carrera docente en el área de filosofía, pero al parecer las clases y la

investigación lo hicieron discontinuar un tanto su producción literaria. Recuerdo un cuento suyo muy bueno que se publicó en México, pero tengo la impresión de que escribía poco y no sé si acaso dejó materiales inéditos en el género narrativo.

Cassígoli era un hombre vital, risueño, hiperkinético, gracioso, seductor, imaginativo. El exilio obligado de tantos años y una diabetes que nunca quiso tomar demasiado en serio, lo fueron castigando día a día con severidad. Tras un retorno temporal a Chile, en 1985, del que quedó muy desencantado ("éste no es mi Chile", decía), falleció en Ciudad de México al poco tiempo.

Sería bueno reeditar los cuentos de Cassígoli, no dejar que el olvido -que en Chile se ha hecho lema- les pase por encima. La Generación del 50 ha dado excelentes valores literarios que hoy tienen plena vigencia. Baste nombrar a Donoso, Edwards, Lafourcade, Guillermo Blanco, María Elena Gertner, Giacconi. Pero el olvido tiende a cubrir a otros que si bien nos dejaron más temprano, produjeron también obras de riqueza y valor que es preciso rescatar. Hablo de Cassígoli, por supuesto, y

también de Jaime Laso ("El cepo") y de Pablo García ("Los muchachos del bar Pompeya"), escritores que poco se

mencionan hoy en día y que las generaciones literarias más jóvenes no han llegado a conocer.

lo Nación' 21-X-1985

P. 6